

ideal para el engrandecimiento del País; y para su Confederación de las Antillas y el porvenir de América llevar a éstas después, con cuidado escogidas, las mejores semillas de su campo de cultivos experimentales en nuestra República? ¡Grande ilusión!, en todo caso, de realización posible muy lejana! ¿Ilusión dije? Ilusión de hoy, mas no tal vez para mañana; utopía que acaso pudo llegar a realidad... ay!, pero ¿cuándo? El contaba con la educación, cuyo poder fuera en verdad ilimitado... La educación bien secundada realizaría milagros. Por desgracia, desde su remotísima implantación en el mundo ha ido muy descaminada. Ante el espectáculo actual de éste, en medio de una civilización que tanto le prometía, ya estais viendo lo que ella le promete ahora: la destrucción de todo. El mútuo amor de los hombres nunca fue base de la educación, y muchas veces sí el odio para el vecino, para el prójimo. "Amaos los unos a los otros"; "ama a tu prójimo como a tí mismo". ¡Oh divino Maestro! ¡quién te dijera que, en el mundo, a fecha tan distante de tu palabra salvadora, se odiaría aún tanto como en los crueles tiempos romanos en que viniste a él!

XII

Continuaré, señores, para terminar. Hostos, habré de repetirlo, diríase que escogió nuestro país para su almáciga de hombres, que sembraran luego y a su vez el ideal por todas partes. Largo era el plazo, demasiado el camino; ¡pero conducía al Sol! Al optimismo le parece siempre muy cercano el Sol. ¡Mejor!, se emprendería la ruta con mucho más aliento. No serían los inmediatos frutos, sino los que de generación en generación se fuesen multiplicando y preparando, los conquistadores de ese ideal. Urgía, pues, empezar. Y empezó. Ya sabeis cómo. Gran parte de la simiente aguarda aún en los surcos su venidero germinar. Preciso es para ello que no se olvide la doctrina, que las prácticas pedagógicas hostosianas no se dejen a un lado mal sustituidas; que el nombre del sembrador no se pronuncie, como desde hace tanto tiempo viene pronunciándose aquí: como un lujo de oratoria, como un lugar común de loas sin convicción. Que no se le invoque más para simple unción de labios,

cual ocurre con esos rezos puramente verbales, mecánica costumbre de plegaria que no parte jamás del corazón. Es preciso practicar el proverbio: "A Dios rogando y con el mazo dando".

Cuanto hizo Hostos por el bien futuro del País; cuanto soñó hacer, sobre todo, y hubiera realizado, a estar ello en su mano, ¿no le dan derecho a una brillante página de oro en nuestra historia? A la juventud actual, que es ya posteridad para Hostos, dejemos la respuesta. Dé-sela ella a América y al mundo. Y en cuanto a esta América, la patria grande del apóstol, quien aun, de sus errantes pasos, al recorrerla él, fué imprimiendo huellas de luz sobre la vastedad continental, séame lícito producirme como en seguida lo hago: después de lo que de Hostos proclamaron voces de autoridad reconocida en ella, ahora confirmadas en unánime concierto por las de su Centenario, gracias al cual de hoy más deslumbrará ya su grandeza, a la claridad del sol de nuestros pueblos, ¿no le es deudora al idealista, la fecunda madre de éstos, de páginas de excelsa gloria en los anales de su historia? Que lo consagre así América, como ya lo ha proclamado, y déle por sus cabales feliz cima al ideal del bueno, del justo, del sabio, de su gran vidente.

A la joven generación presente tócale en turno proseguir la senda hacia la meta. Pues gran parte, según dije, y acaso lo mejor, de la rica simiente espera aún en los surcos su germinar futuro, fertilícele la tierra, riéguesela, hágasela del todo propicia tal generación, y merezca ésta, por tanto, que ya no a ella, la "adulta", sino ahora a la tierna "prole" que "en torno le sucede", de la lira de Andrés Bello, los manes del grande hombre se la bendigan con el final inolvidable de su noble y sincero discurso en la segunda investidura de maestros al iniciarse Febrero del 86; palabras de belleza y oportunidad que no caducan aunque las haya recogido otro ajeno discurso en un ayer remoto, y hoy también, perfumando ellas como incienso, se repitan cuando yo las recojo para cerrar así el mío con broche de diamantes:

"¡Hijos de mi alma!: que la luz de la verdad os ilumine!, ¡que os eduque el espíritu del bien!"

ACTO UNIVERSITARIO

DISCURSO DE ORDEN

LEIDO POR EL DR. PEDRO EMILIO DE MARCHENA, CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA I CIRUGIA, EN EL ACTO CELEBRADO EL DOMINGO 29 DE ENERO DE 1939.

Señor Rector de la Universidad,
Compañeros Catedráticos,
Señores:

El once del mes que no ha terminado todavía, se cumplió el primer centenario del nacimiento de Eugenio María de Hostos y de Bonilla, y por

ello hago hoy acto de asistencia ante Uds., para producir una breve disertación acerca de ese "ilustre desconocido" de América, como le llamó Pedreira.

Mi presencia en esta tribuna, ya que no poseo ni méritos ni capacidad para función tan alta,



no deberá referirse a una osadía —a cubierto de la cual, mi discreción me pone— y sí a mi devoción por la Universidad de Santo Domingo, a mi profunda adhesión académica al colosal antillano y al deseo de corresponder a reiterada solicitud de mi distinguido amigo el Lic. Julio Ortega Frier, Rector de este Instituto de cultura superior.

Eugenio María de Hostos, señores, el hombre de estas tierras que baña el Caribe y que un solo y refulgente sol ilumina, es de una personalidad multifacética. Hablar de Hostos integral sería consumir toda una vida dedicada a estudiarle como hombre, como moralista, como filósofo, como político, como pedagogo y como apóstol de los más altos ideales humanos. No pretendo, en este breve instante dedicado a su recordación, ni siquiera decir en términos escasos, lo que representa en cada una de esas funciones señaladas. Nos basta, para iluminar toda una senda, recordarlo como pedagogo. En un brillante, en un auténtico brillante, el reflejo de un solo corte de su poliedro, es suficiente para deshacer las sombras. Eugenio de Hostos al irrumpir como pedagogo en el lar dominicano inició una nueva era en la enseñanza.

En el devenir del pensamiento filosófico, dos distintas directrices ha seguido el hombre en la búsqueda de la verdad o en la interpretación de las cosas y de los hechos; en la una, de sentido positivista, se procede por observación y por experimentación; en la otra, de orientación metafísica, la vía tiene carácter especulativo, apriorístico.

Aristóteles, el más grande pensador de todos los tiempos, seguía la primera de aquellas directrices; Platón, al admitir la existencia de ideas innatas, es el representante afortunado de la última tendencia. Y luego, Kant, que sigue un criterio ecléctico. En esta concepción filosófica kantiana se orienta la escuela inglesa; y de los maestros ingleses, Locke primero, Hebert Spencer y John Stuart Mill después, toma Hostos —pero imponiéndole el sentido de su fuerte personalidad— la orientación de su filosofía, que habrá de infundirse en su pedagogía toda.

No podría decirse que Hostos fuese, francamente kantiano, pero las influencias del filósofo Königsberg y, sobretudo, la época en que vivió y actuó, lo llevaron a su sincero racionalismo, tanto en moral como en la ciencia de la educación. Y Hostos funda la Escuela Normal, con los propósitos de atribuir al educando la mayor capacidad y la mayor bondad y con el designio de seguir procedimientos intuitivos, inductivos y deductivos, que constituyen su método racionalista y que culminan en su hombre, adulto de razón y adulto de conciencia.

La historia del movimiento educativo de Santo Domingo es, en su parte esencial y predominante, la historia de Hostos; y en el porvenir, por años que transcurran y por lejos que se encuentre este momento que vivimos; jamás se podrá prescindir del nombre de Hostos, como no podría Alemania prescindir, en su historia de la filosofía de Kant, ni Francia de ese gran intuitivo que se llamó Henri Bergson. Como no

podrá el mundo olvidar a Beethoven, a Benvenuto Cellini, a Rafael, a Miguel de Cervantes Saavedra y a Pasteur, no podrá América olvidar ya jamás al "ilustre desconocido" de las Antillas.

A pesar de mi determinación de referirme tan sólo a Hostos pedagogo, no puedo resistir a la tentación de decir algo en relación con Hostos político. Siguiendo a la sensibilidad propia de su naturaleza moral, fué un amante de la libertad y de los derechos del Hombre. En este sentido viene a mi mente, el nombre de W. Wilson, de quien los dominicanos no podemos olvidar el agravio de 1916, pero a quien juzgamos con equanimidad y admiración sincera como escritor eminente, como sociólogo y filósofo. Cuán distantes estas dos cumbres, racialmente y por temperamentos casi antagónicos. Anglosajón el uno, de pura raza hispana el otro; dominante, inflexible el primero; manso —aunque no débil— y de mentalidad y de corazón de apóstol, el antillano. No obstante estas diferencias intrínsecas, los torrentes de sabiduría que ambos vertieron, convergen formando una limpida y profunda fuente de ciencia política-social. Este punto de firme contacto entre estas dos entidades de origen tan lejano y de caracteres tan distintos es una de las grandes sorpresas que nos reserva la historia de la evolución filosófica, cuando se persigue un mismo ideal: el bien colectivo. Hostos con sus magistrales "Lecciones de Derecho Constitucional" y W. Wilson con su trascendental obra "El Estado", han realizado trabajos imperecederos, de tal modo, que por grandes que hayan sido los beneficios prestados por Hostos en sus realizaciones educativas, y, por transcendentales que hayan resultado los servicios que a su patria prestara W. Wilson en su carrera política, uno y otro alcanzarán mayor brillo en la historia, con motivo de las obras indicadas, por ser la una, verdadera biblia de orientación filosófica y política en la consagración de derechos y deberes fundamentales, y la otra, porque los organizadores de gobiernos en las democracias, habrán de considerar el libro de Wilson, como un Vademecum para la estructuración y organización de todo Estado.

En ocasión de este Centenario, el pueblo dominicano, y especialmente las clases cultas, han demostrado que el recuerdo de Hostos es algo vivo para el pensamiento y para el corazón de este país americano. Y es tanto más grato enunciar este hecho cuanto que ello se debe a un movimiento espontáneo de los diferentes sectores que han realizado homenajes, sectores éstos que recibieron en todo momento la asistencia eficaz o el impulso determinante o la iniciativa emuladora de ese gran ciudadano que se llama Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, Benefactor de la Patria.

En este día universitario dedicado a esta conmemoración, recordemos con orgullo americano y con devoción humana a Eugenio María de Hostos y señalemos su nombre a toda generación por venir, como el de un auténtico apóstol de altos ideales de humanidad, como un noble maestro del hombre, a quien se le ha llamado ya con justicia verdadero "santo laico".

